

esto último... silencio o proliferación de palabras que narran de manera repetida conocidos eventos, casi siempre presentados como producidos por las intenciones o los perfiles psicológicos de los respectivos enviados o delegados de turno.



Finalmente, el problema —ejemplar para una historia diplomática de Colombia— de las relaciones con la Santa Sede. Aquí la situación vuelve a ser la misma: una narrativa prolija que nos comunica las angustias del pobre delegado colombiano, a quien ni siquiera dejan establecer en Roma y de cualquier manera debe estar aquí y allá, sometido a la palabra de este o aquel clérigo-funcionario, sin que la misión de reconocimiento, concordato, patronato y disposición libre de diezmos se concluya jamás... Hasta que un buen día, pero no podemos saber por qué, la Santa Sede muda su política, reconoce la nueva república —aunque de manera práctica desconozca el patronato y se niegue a llamar por sus nuevos títulos de primera autoridad civil al vicepresidente Santander. Los hechos están ahí... Pero ni un solo análisis explicativo sobre los elementos básicos del problema: aquellos que tienen que ver, por ejemplo, en el plano internacional, con las perspectivas de formación de iglesias nacionales en América Latina —gran fantasma del siglo XIX—; y

aquellos otros del plano nacional que permitieran entender la solución que al problema se dio: una sociedad que, en virtud de su más profundo tejido interno, no encontraba la posibilidad de darle un fundamento profano a la ley y que, por ello, no podía adoptar otra solución que la que, casi setenta años después, con la Regeneración, obtuvo un carácter institucional estable. Desde luego, la llamada historia diplomática tiene su propia entidad y se encarga de un tipo particular de hechos. Pero sobre ella pesan determinantes. Ella no puede ser comprendida, aun en un manual, sino por una perspectiva relacional.

¿De dónde pueden proceder, en sentido estricto, las múltiples debilidades de una historia diplomática como la que comentamos? Sin lugar a dudas, de su concepción, la que podemos volver visible por la vía de una rápida consideración sobre la bibliografía utilizada en este libro. No propiamente por su “olvido” de trabajos colombianos y extranjeros —no tan recientes— básicos sobre el problema y el período (M. González sobre Bolívar y el Caribe, J. D. Caicedo sobre Bolívar y lord Canning, M. Deas sobre Santander y los ingleses, S. Randall sobre los Estados Unidos y Colombia, y un gran etcétera). No por ese olvido. Lo que la bibliografía nos revela, a través del tipo de documentos que privilegia, es una concepción, ya inservible, de la historia diplomática, que Lucien Febvre hace muchos años había caracterizado con estas palabras: “Atrincherados detrás de un criterio simplista, el de utilizar sólo documentos diplomáticos propiamente dichos: los de las compilaciones oficiales [...] los de las grandes colecciones nacionales [...] la correspondencia y las memorias de los protagonistas y de los testigos de los acontecimientos, sólo se preocupan de la corteza superficial de su globo, de su esfera político-diplomática [...]” (L. Febvre, “Contra la simple historia diplomática”, en *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970, pág. 97).

Debemos agregar, ya para concluir, que la edición de este libro es inaceptable, como producto de una maestría universitaria, y que representa una total falta de consideración para con el

doctor Vázquez Carrizosa. Nosotros, sencillamente, renunciaremos a contar el número de errores tipográficos, y los editores y responsables de la obra bien harían en retirarla del mercado para agregarle, cuando menos, una voluminosa fe de erratas.

RENÁN SILVA
Universidad del Valle

El goce de la memoria colectiva

Ole, mire, Pitalito en crónicas

Varios autores

Fundación para las Actividades de Investigación y Desarrollo, Faid, Pitalito, 1992, 112 págs.

Recordar es vivir se ha dicho siempre. Lo han dicho los viejos y los nuevos viejos, quizá porque cada quien conserva en la memoria su ruta personal y siempre es agradable volver a recorrerla triunfante o no, en el ejercicio sin fin de la memoria.

De pronto, para cada quien, sus imágenes son más importantes que las de los demás o, mejor, cada quien ha sido protagonista de lo más importante que ha sucedido a su alrededor y así quiere que lo perciban los demás. Por ello es muy probable que este tipo de recuperación de la memoria colectiva choque con las memorias individuales, aunque a la postre, entre disparidad y disparidad, miradas de reojo y burlas por lo bajo, surja limpia la historia de los pueblos. Esta es la sensación que deja *Ole, mire, Pitalito en crónicas*, publicado por un grupo de profesores con el objeto de recuperar, para las nuevas generaciones, la historia de su región.

Lo primero que conmueve mi afición lectora es su intención totalizadora del pasado, aunque se advierta que es sólo el principio de la recuperación cultural de Pitalito, hoy diluida y desfigurada por el auge del cosmopolitismo. Y en verdad esa suma de fragmentos de la vida colectiva puede llegar a convertir-

se en el incentivo para que otros recreen sus historias y se adhieran a esa hipotética enciclopedia de recuerdos que a la postre sería un esfuerzo como éste.

Lo segundo que asalta mi memoria, al coquetear con este pequeño libro, es el olvido de algunos hechos que bien hubieran merecido estar en sus páginas, y la ausencia de la voz de quienes, para mí, son la memoria viviente del pueblo: Miguel A. Cabrera, quien dejara escrita una historia de Pitalito que no ha sido rescatada, apenas mencionado; Roberto Molina, Julio Falla o Teófilo Carvajal Polanía, por ejemplo, filones interminables de anécdotas y datos históricos. Pero, repito, de pronto me obnubila mi propia condición de laboyano y creador y acaso esos hitos del deporte, del arte, de la política y de lo imaginario popular, que emocionaron mi juventud, no merecían aparecer al lado de esta recopilación bien sincronizada de crónicas que intenta reconstruir el pasado de Laboyos, San Antonio de los Laboyos, San Antonio de Pitalito o simplemente Pitalito, como figura en la actualidad en las geografías y en los recuerdos.

Qué bueno es descubrir que la nostalgia no aparece como eje o motivación principal del libro, aunque ella sea elemento indispensable para posibilitar la recuperación de la historia. Por el contrario, hay en el volumen una gozosa apropiación del pasado reciente que inyecta alegría al lector, que no será otro sino el propio habitante del valle de Laboyos.

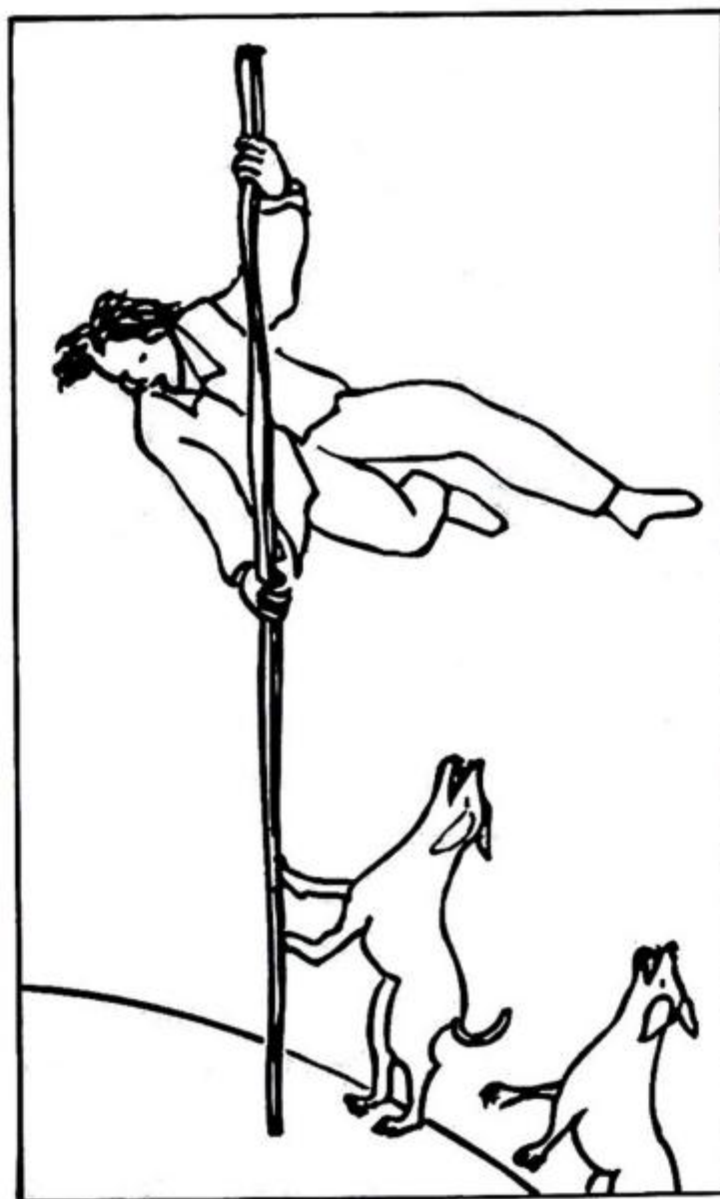
Otro de los aciertos del libro es la titulación de las crónicas. Con la graciosa intención de alegrar los recuerdos cada una lleva implícita una informalidad que borra la solemnidad de la historia. Por ejemplo: *Un deporte donde el que gana no es el más hombre, sino el gallo*, para poner en su sitio la gallera; *Las aventuras de Tarzán entre corridos mejicanos*, donde se describe la aparición del cine en Pitalito; o *En ese cajoncito hay alguno metido*, donde se describe la irrupción de la radio en el aire laboyano.

Si con cada una de las veintidós crónicas se trata de atrapar los temas que se consideran constitutivos de la identidad del laboyano, en el interior de cada una, sin embargo, se nota ligereza, se percibe la falta de comprobación de

datos y, sobre todo, se descubre la atomización que el tiempo ha causado en los autores quienes, frente a un apretado cronograma de trabajo, eluden la investigación exhaustiva del documento para acogerse a la alegría del recuerdo. Esto se comprueba por el imperio de la tradición oral que sirve de base para cada una de ellas.

Otra falta importante es el elemento gráfico, carente de identificación con los momentos que se quieren ilustrar. Los mendigos copan gran parte de los personajes típicos que se busca conservar a través de la imagen fotográfica.

La conexión entre el pasado y el presente se da con el reportaje a Cecilia Vargas que, a manera de anexo, se incluye al final del libro. Su posición frente a la vida es ejemplarizante. Sin embargo, me parece insuficiente, pues se dejan de lado otras entrevistas que bien pudieran constituir la visión del futuro, para redondear el libro.



Por último, debo anotar que el lenguaje es muy dispar. Si bien se reconoce que las crónicas han sido escritas por varios autores, no hay una unidad que permita mayor integración entre sus contenidos y la forma de contarlos. Acosados por la premura del tiempo —tarea de un seminario al final del cual se configura la recopilación—, cada autor ha vertido a su manera el tema que le ha tocado en suerte. El editor no fijó

parámetros y se nota descuido a la hora de ver la totalidad. Y me parece innecesario el último artículo pretendidamente totalizador de la obra. Su cadencia de copla en la narración antes que avivarla la torna pesada, cansa al lector, desluce este hermoso esfuerzo que, ojalá, sea seguido por todos los pueblos de Colombia.

BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ

De la BLAA

El 25 de marzo de 1995 la Organización de los Estados Americanos entregó a la Biblioteca Luis Ángel Arango, en calidad de donación, las siguientes publicaciones:

A

Alba Andrade, Fernando

Aceleradores de partículas / Fernando Alba Andrade. — 2a. ed. actualizada / editora Eva V. Chesneau. — Washington: Organización de los Estados Americanos. Programa Regional de Desarrollo Científico y Tecnológico, 1982.

vi, 66 págs.: il. — (Monografías científicas. Serie de física; 7). — Incluye bibliografía.

Andreo, Carlos S.

Fotosíntesis / por Carlos S. Andreo y Rubén H. Vallejos; asesor técnico Manuel Losada Villasante. — Eva V. Chesneau, editora. — Washington: Organización de los Estados Americanos. Programa Regional de Desarrollo Científico y Tecnológico, 1984.

vi, 64 págs.: il. — (Monografías científicas. Serie de biología; 30). — Incluye bibliografía.

Arvía, Alejandro Jorge

Introducción a la electrocatalisis / por Alejandro J. Arvía y María Cristina Giordano. — Eva V. Chesneau, editora. — Washington: Organización de los Estados Americanos. Programa Regional de Desarrollo Científico y Tecnológico, 1983.

ix, 140 págs.: il. — (Monografías científicas. Serie de química; 27). — Incluye bibliografía.